



EL PAISAJE DE LA DIGNIDAD

Plácidamente detenida en el tiempo, flotando en el vapor de estas aguas turquesas y mecida por la brisa fresca que trae y lleva a los alcatraces, la Ciudad Vieja es una hermosa postal vintage, de esas que le robamos al abuelo y que atesoramos como recuerdo de un pasado que no vivimos, pero que de alguna manera nos pertenece. La luz invade todos los rincones de la vida y el Caribe se mira embelesado y sin descanso en ese cielo, tan intensamente azul como el mismo mar que besa la playa y castiga la roca. Las casas de esta calle, cuyo nombre no recuerdo, resisten el incesante ataque del viento y el salitre, y se levantan cada mañana a dar la batalla de la memoria, para no morir de olvido en esta tierra donde hasta lo más increíble es cotidiano. Ayer, agobiado por el sol de mediodía y tumbado sobre la cama de bronce, miraba fijamente las aspas del ventilador que pende del techo, y recorría las esquinas de esta habitación de hotel, decorada con esas molduras de yeso que evocan días y noches de otro tiempo, y no podía dejar de pensar en todos los años *–ya sin cuenta–* que hemos dejado sola a esta gente. Mal contados, son cincuenta años de soledad; dos juventudes, medio Macondo.

Esta noche allá afuera, sentado en una mecedora de mimbre, el viejo Agustín le cuenta por enésima vez a los niños, la historia de sus días de gloria en las filas de la Revolución y su entrada triunfal en la capital; un relato que yo también he seguido desde mi ventana y a lo largo de una semana, como un cuento de las mil y una noches; y en medio de todo lo que siento, veo y escucho, me estremece pensar que seamos tan parecidos, que tengamos tanto en común y sin embargo sigamos separados, mientras la vida fluye *–o huye–* por caminos tan inciertos como distantes... También *“me estremeció la muchacha, hija de aquel feroz continente, que se marchó de su casa, para otra de toda la gente...”*





Agoniza el verano en La Habana y yo recorro de nuevo en solitario estas calles del pasado, buscando por última vez la tristeza, la desilusión y el hastío de que hablan los diarios y telediarios de medio mundo, y veo problemas y carencias –*como en cualquier ciudad latinoamericana*– pero en cada esquina, en cada ventana, hay una cara con la frente en alto, una mano abierta, una sonrisa blanca, y sobre todo, una palabra de respeto por el visitante. El cariño transparente de los muchos amigos que he sumado en estos viajes, me confirman que Cuba no es el infierno que dicen los medios, ni el cielo que tampoco ella quiere ser, y que contra todo pronóstico, ella sigue su marcha de resistencia, en espera de que los pueblos del mundo aprendamos a aceptar su decisión de ser diferente, sin pedirle nada... *“o casi nada, que no es lo mismo, pero es igual”*.

Uno podría pensar que con tantas limitaciones, la cultura es poco menos que un adorno caro que no pueden permitirse los cubanos, y entonces vienen las sorpresas, y grandes. Pocos países del mundo pueden darse el lujo de ofrecerle a su pueblo, sin distinción ni medida, tantas posibilidades de desarrollo cultural y artístico, tantas facetas y matices del arte, tanto, tanto que a veces uno piensa que es mentira. Pero aquí están tan al alcance de la mano como en ninguna otra parte, el estoicismo del ballet clásico, el compromiso de la Nueva Trova, el infinito mundo de la literatura, el desenfado del son montuno, el rigor de la música clásica, el caleidoscopio de la pintura pop, la tradición de los talladores, la plasticidad del teatro negro, la transparencia del cine independiente, y toda suerte de ritmos, luces, formas y colores que hacen de esta isla, una obra de arte, donde fácilmente se confunden una colorida versión pop de la efigie del Che y *“una mujer con sombrero, como un cuadro del viejo Chagall”*.

Preparar esta edición ha demandado un enorme esfuerzo por vencer las barreras de comunicación que imponen el bloqueo norteamericano y la limitada infraestructura de la isla, pero ha sido mucho más sorprendente que otros trabajos, pues los ciclos de la vida aquí tienen otro ritmo, que no es el del mambo, la charanga, ni el del son. La vida diaria de los cubanos entrega sus secretos lentamente y no es fácil entender porqué la herencia indígena está casi desaparecida de la cultura isleña, cómo se viaja en “guagua” por menos de un centavo de dólar, de qué van vestidos estos muchachos con esos tenis Nike, por qué nadie usa sus gorras militares que sí nos encantan a los extranjeros, cómo carajos se abre esta “cajita mágica” que me regaló Laura, y... *“de qué modo sutil me derramó en la camisa, todas las flores de abril”*.

Cuando se ha vivido muchos años en medio de la zozobra y el miedo, escuchando todos los días la palabra seguridad como reclamo permanente de una sociedad hastiada de la violencia, la conciencia se nubla y empiezan



a surtir efecto los sortilegios de la demagogia, pero cuando se conoce la realidad cubana, entonces el concepto de seguridad, que había sido capturado por los falsos padres de mi patria colombiana, recobra todo su sentido. La escasa vigilancia policial en las calles y barrios de La Habana, deja claro que seguridad es aquel estado en que se reducen o desaparecen las situaciones de riesgo y por eso mismo se hace innecesaria la presencia de la fuerza pública, y por el contrario, que la imperiosa necesidad de vigilancia en todos los espacios, que vivimos en Colombia, son la prueba fehaciente de que en mi país reina la inseguridad y acecha el peligro. Hay que vivir la extraña sensación de caminar a solas y en la madrugada por las calles de esta ciudad, y saber que nada nos va a pasar, para entender que estoy entre amigos, pues *"amigo sí, es también quien me soporte, pero amigo mayor es quien me ampara"*.

En los últimos años, La Habana es un nombre que los colombianos repetimos como una plegaria que invoca el poder de lo humano y lo divino para alcanzar la paz, y todos los días esperamos las noticias que nos acerquen al momento de acabar con esta guerra estúpida y sin sentido –*como lo son todas las guerras*– en la que se han diluido los sueños de tres generaciones de compatriotas. Pero mientras ocurre el milagro, la ciudad, la isla y su gente, ofrecen al turista, al visitante o al amigo, el discreto encanto de una vida sencilla y tranquila, "libre de las afugias del mundo libre" y cuya mayor preocupación es que se sienta que uno también es parte de su vida. Vivir de cerca el valor de la solidaridad es una experiencia que marca y deja huella en el egoísmo propio de nuestro tiempo, y por eso cuesta tanto trabajo entender que en medio de las privaciones que imponen el bloqueo y este disparate de la doble moneda, haya tanta gente dispuesta a compartirlo todo con alguien que está de paso, que quizás nunca regrese y que ojalá nunca lo olvide, y es que *"lo más terrible se aprende enseguida y lo hermoso nos cuesta la vida"*.

Los largos días del verano, sumidos en el letargo del calor y mecidos por la brisa del mar, contrastan con la gran excitación de la noche en la capital cubana. Aunque abre sus puertas a pocas horas de haberlas cerrado, La Bodeguita del Medio es junto con El Floridita y el Tropicana, un ícono de la fiesta habanera. Indisolublemente atada al recuerdo de Hemingway, cada noche el sitio bulle de gente de todo el mundo que busca tomarse un mojito, comerse un plato de masas fritas, tomarse la foto de rigor y dejar –*si encuentra sitio*– su firma en este altar de la bohemia. En cualquier restaurante, entre daiquirís y mojitos, y bocados de ropa vieja y picadillo con congri, la gente busca la forma de hacer amigos, cosa que no cuesta nada, y pasar una noche inolvidable al son de la música, el baile, y ese nosequé que tienen los cubanos, que logra que uno recuerde siempre cómo *"disfruté tanto, tanto cada parte, y gocé tanto, tanto cada todo..."*.



Cuando el cielo empieza a clarear por el horizonte, aún el Malecón está ebrio de alegría, pues la temporada alta en esta ciudad dura todo el año y los turistas aprovechan hasta el último minuto para vivir todo lo que ofrece. Desde mi ventana de hotel, los miro irse lentamente, mientras llegan los pescadores de caña y anzuelo, y entonces comprendo que se acerca el final; que éste es mi último día en La Habana y que aún tengo mucho por aprender de ella y de los cubanos. Empaco mis apuntes para la edición y me voy a Prado, a hacer las últimas fotografías de calle que tanto me gustan; por la revista, no sé cómo saldrá este trabajo, no sé si les guste a ellos, tanto como yo lo he disfrutado, y ni siquiera sé si volveré a esta tierra a la que siempre quiero regresar. Mientras espero el día de volver, recuerdo todo lo vivido, y no logro entender cómo es posible vivir tan separado del mundo pero con tanta dignidad, cómo es que la dignidad es una forma de vida, y cómo es que esa vida es un ejemplo para todos. Lo he visto ante mis ojos, doy testimonio de ello, y bien sé que muchos lo creerán imposible, pero *“yo he preferido hablar de cosas imposibles, porque de lo posible se sabe demasiado”*.

Ciudad de La Habana, verano de 2014.

HÉCTOR JOSÉ SARMIENTO R.
(En complicidad con Silvio Rodríguez)

